

Alabanza en la Torre de Ciales

Es un poema inédito de Juan Antonio CORRETJER

I. MANIFIESTO

*En una isla selvosa, circundada
del proceloso mar.*

Pero, no. No es Itaca.
Este mar que nos tiñe y nos abraza
es demasiado grande para un Ulises de gramática.

¡Por aquí anduvo Cristóbal Colón redondeando el mundo!

Ese ausubo de sangre que no se cimbra en la sabana
aún recuerda en su copa la primitiva selva borincana.

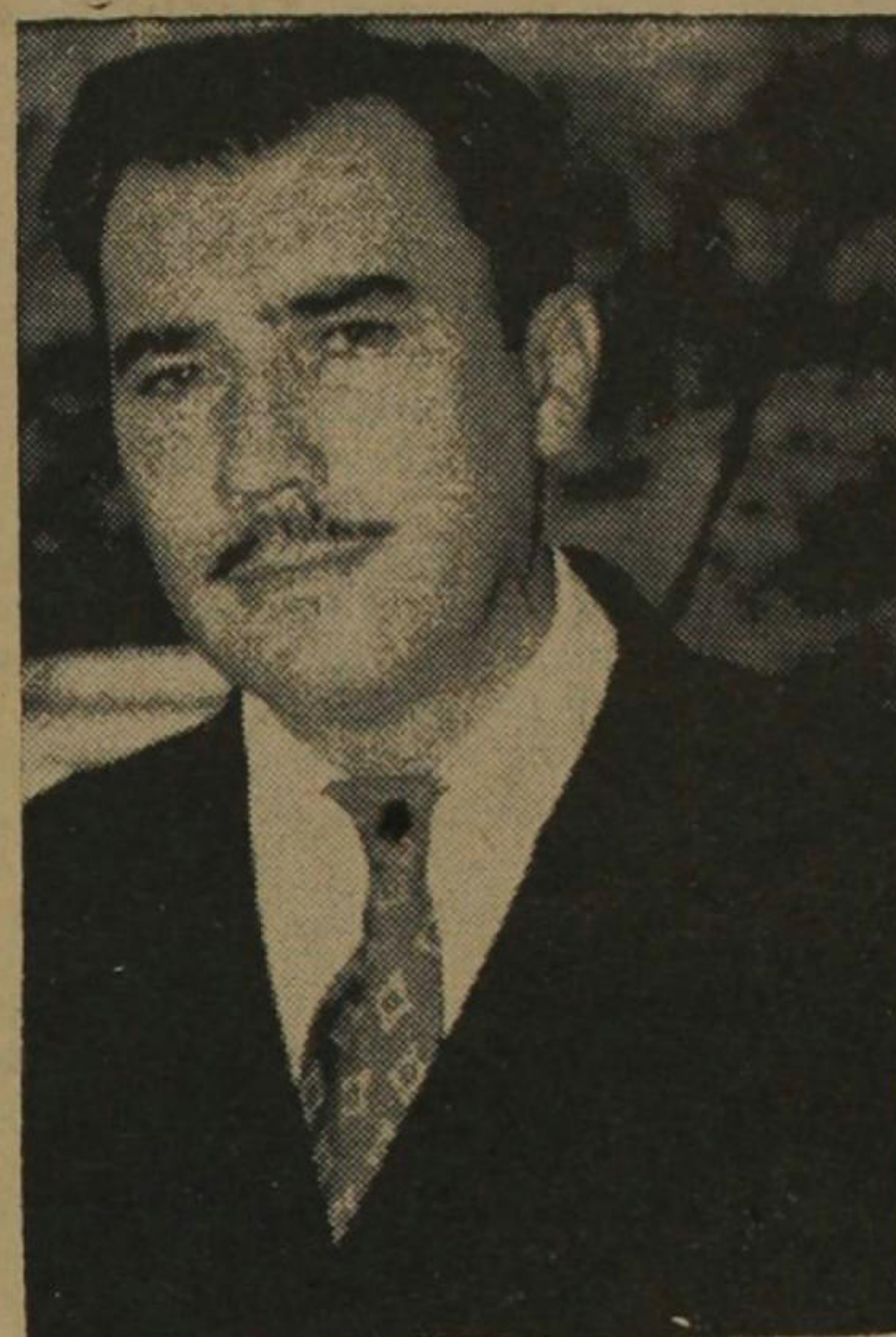
¡Ningún Aquiles lloró bajo sus ceibas y majaguas!
¡Aquí partió Guarionex con su corazón una lanza!

Ni cítaras ni laúdes en nuestras noches estrelladas.
Suenan el güicharo como un descarga.
Retumba el bongó. El cuatro tiene una prima de diana.
En el seno de la bordonúa arde una rabia.
A la orquesta criolla la llama el pueblo música brava

Y, sin embargo, al hacerse la noche, cuando la gran fragancia
tiende su manto de coquíes como una bandera despertada,
y en los Picachos de Jayuya están las estrellas arrodilladas;
cuando las aguas de la luna bajan por el Río de la Plata
haciendo celestes caseríos desde Comerío a Toa Baja,
y en Ponce nacen los nísperos con luz de lucero encapsulada,
o en Guaynabo están las marías llenas de alisios y de flautas,
en el Puente de la Aldea en Ciales está soñando una guitarra.
Una niña abre muy grandes los ojos en la obscuridad de su casa.
Un hombre, en su balcón solitario, con la cabeza canta.
Y la poesía de los siglos le llega desde sus montañas
que no son las montañas de Itaca.

II. LA LARGA MIRADA

Desde un antes de ayer con la esperanza,
mientras tañe, lenta, la campana,
vuelvo a cruzar la plaza aldeana.
Rememora aún el día haber nacido del alba.
Hacia la torre de la Iglesia mi pensamiento anda.
Entro. Veo la pila bautismal. El hisopo. Las andas.
Nadie habla a mi corazón. Nadie ni nada.
En silencio y a solas subo las gradas
hacia el coro. Cruje en el silencio mi pisada.
¡Oh soledad callada!
Los hábitos vacíos, y aquél atril agranda
en hondos calderones y oscuros pentagramas
las aguas de la cuenca gregoriana:
esas aguas profundas, largas y arremansadas.
¡Oh música callada!
El órgano. He aquí su pía voz valetudinaria
hecha fijo silencio. ¡Oh soledad callada!
Oigo mi frente como grita: ¡sombras carmelitanas,
queridos amigos: Fernando María de Lloveras,
el de la tierra catalana!
¡Carmelo Almela desde la huerta valenciana!
¡Oh soledad callada!
Nadie habla a mi corazón. Nadie ni nada.
¡Por aquí ha pasado la muerte con su larga sotana!
Tañe, aún tañe lenta la campana.
Sigo subiendo las gradas.
Llego. Mis ojos siguen el balón de la campana
por los montes, las vegas, las sabanas.
¡He aquí, seres humanos, la tierra bien amada!
Credibile est illi numen inesse loco... ¡Calla!
No hubo Ovidios ni Horacios que esta tierra cantaran.
Una lira inmortal, pensó Gautier necesitaran.
¡Oh música sonora! ¡Oh soledad poblada!
Todos me dicen. Todo y todos me hablan.
Solemne y monolítico el monte entona su hosanna.
Coloquian ambos ríos con sus lenguas de agua.
La Vega escribe su oración horizontal y amplia.
¡Los árboles! Puertorriqueñamente accionan sus palabras.
¡Oh música sonora! ¡Oh soledad poblada!



Juan Antonio Corretjer
(1950)

x

Igual que en hombro amigo mi mano reposara
pongo sobre mi tierra la más larga mirada.

¡Y esto veo, camaradas!

III. LA TIERRA

Por la mitología aruaca
que de areyto en areyto le llegara
a Luis Pane, y éste nos relatara:

En el principio era la Tierra. Y la Tierra era ancha.
Erase un inmensa y única tierra ancha.
En mitad de esta tierra se erguía una montaña.
Y esta montaña era la más grande y más alta montaña.
Jamás el ojo humano vió igual o parecida montaña.

Creció en la cumbre de la montaña un árbol de gigantesca rama.
Y era este árbol el árbol de altura más titánica.
Jamás el ojo humano vió igual o parecida planta.
Y al pie de este árbol, en la inmensa montaña,
nació una mata de calabazas.

Era un gigantesca mata de calabazas.

En la cumbre de la montaña más alta,
en donde crecía el árbol de gigantescas ramas,
nació esta mata, la más grande mata de calabazas.

Yo he visto nacer el Río Grande de Loaiza en la tierra
[sanlorenzana.]

Allí, en el huevo de la glebal entraña,
como el misterio de un corazón que palpitara
bajo tierra, y por orden de amor resucitara,
he visto yo latir su prima agua.
Ya se le van uniendo las quebradas.
Ya el Río del Espino acumulara
sus aguas con sus aguas,
y el Gurabo, y el Caguas,
y el Trujillo, el Canóvanas.
Y lo he visto, solemne, con sus amplias
riberas y sus ganados y sus cañas
y sus muchas comparencias unificadas,
besar con dulce boca las espumas atlántidas:
él, el único, el Río Grande de Loaiza, el más grande río
[de la Patria!]

Cosa igual hizo aquella mata de calabazas,